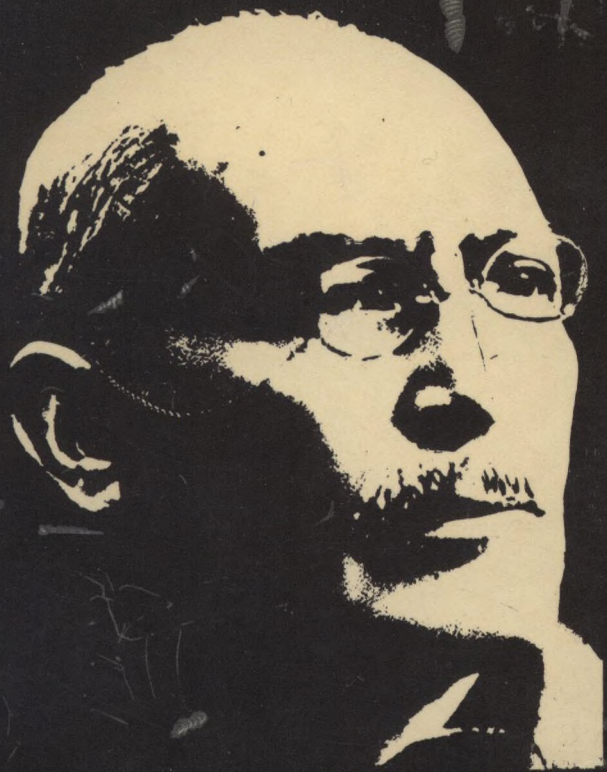


EDITH O'SHAUGHNESSY

HUERTA Y LA REVOLUCION



**HUERTA Y LA REVOLUCIÓN
VISTOS POR LA ESPOSA
DE UN DIPLOMÁTICO EN MÉXICO**

EDITH O'SHAUGHNESSY

Huerta y la Revolución vistos por la esposa de un diplomático en México

Cartas desde la Embajada norteamericana en México que refieren el dramático periodo comprendido entre el 8 de octubre de 1913 y el rompimiento de relaciones que tuvo lugar el 23 de abril de 1914, junto con un resumen sobre la ocupación de Veracruz.

Traducción, Prólogo y Notas
de **EUGENIA MEYER**



EDITORIAL DIÓGENES, S. A.
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1916
© Harper & Brothers Publishers
New York and London

Primera edición en español
febrero de 1971

© Editorial Diógenes, S. A.
Comercio y Administración No. 4
México 20, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

PRÓLOGO DE LA TRADUCTORA

Con frecuencia, la historia social y política de México recurre a fuentes extranjeras y, especialmente, a las viajeras, en busca de documentación, ya que son éstas las que proporcionan una información directa del momento; información aguda y minuciosa de nuestro acontecer histórico.

Es indudable que la visión extranjera de la vivencia nacional sufre deformaciones, algunas evidentes; pero es cierto también que llega a acentuar hechos singulares o particulares que pasan inadvertidos para nosotros. Por ello, hoy en día esta historia viajera circunstancial constituye un elemento básico de la historiografía moderna mexicana y, por ende, su estudio es de interés primordial si se pretende un conocimiento más global de nuestra realidad histórica.

El número de obras escritas por extranjeros, en lo que va del presente siglo, sorprendería al más prudente. Su volumen es gigantesco, y como señalé hace algún tiempo,¹ los norteamericanos se han significado por el interés y empeño en aumentar sus conocimientos sobre México, así como en transmitirlo a su pueblo, el que, al parecer, especialmente hasta los años treinta, permaneció ignorante y ajeno a la historia de México.

Los norteamericanos, sacudidos ya de la íntima relación que tradicionalmente se conceptuaba como literatura anglosajona,² desde el momento mismo de estallar la lucha revolucionaria vendrán a México, o permanecerán aquí, para relatar, historiar y transmitir esa etapa de la historia mexicana.

El interés norteamericano por México se remonta, induda-

¹ Eugenia Meyer: *Conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución de 1910*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970.

² Al respecto se puede consultar la obra de Juan A. Ortega y Medina: *México en la conciencia anglosajona*. México, Editorial Porrúa, 1953 (Colección México y lo Mexicano, no. 13). México, Antigua Librería Robredo, 1955 (Colección México y lo Mexicano, no. 22).

blemente, a tiempo atrás y puede explicarse con facilidad en función de la cercanía geográfica, así como por la extensa frontera común y la atropellada historia internacional que ambos países compartieron durante todo el siglo XIX. Interés que se vino a identificar plenamente con una serie de obras viajeras episódicas: memorias y, por último, obras históricas especializadas.

Este interés viajero proviene del que despertó el Barón Von Humboldt con su *Ensayo político*, en el que descubrió, a propios y extraños, la riqueza y posibilidades de la Nueva España, iniciando así una fecundísima veta literaria.

A partir de entonces, los viajeros y aventureros, diplomáticos, militares y comerciantes se animaron, al venir a México, a relatar sus experiencias sobre esta tierra extraña tan llena de matices.

Particularmente han sido las mujeres extranjeras quienes, desde la marquesa Calderón de la Barca, se han interesado en detallar la vida mexicana. Y será también una mujer quien, al iniciarse la lucha revolucionaria, proporcione el libro de mayor resonancia histórica así como la visión más personal de lo que acontecía en México: Edith O'Shaughnessy, la autora del presente libro, así como de dos más: *Diplomatic Days*³ e *Intimate Pages of Mexican History*.⁴

Edith Louise Coues O'Shaughnessy nació en las postrimerías del siglo XIX en el seno de una familia acomodada. Durante su infancia residió en Columbia, Carolina del Sur, al lado de sus padres Elliot Coues y Jeanne McKinney. A los trece años fue enviada a estudiar a un convento en Maryland, el de Notre Dame, en donde se destacó por su capacidad en la composición y la historia.

Permaneció algún tiempo en Europa, y en diciembre de 1901, en Italia, casó con Nelson O'Shaughnessy, un diplomático de carrera con quien habría de procrear un solo hijo, Elim.

Su esposo, que había servido en la Embajada norteamericana en Alemania y Austria-Hungría, fue enviado en enero de 1911 a México, como segundo secretario de la Embajada de

³ *Diplomatic Days*. New York and London, Harper and Brothers, 1917.

⁴ *Intimate Pages of Mexican History*. New York, George H. Doran Company, 1920.

su país, en la cual figuraba Henry Lane Wilson como embajador. Fue durante esta primera confrontación con el medio ambiente mexicano cuando la O'Shaughnessy escribió su obra *Días diplomáticos*, en la que relata reminiscencias del mundo porfiriano, tan caduco y gerontocrático, pero que se presentaba como un remanso, ideal y confortable, en la trágica carrera histórica de México.

Poco tiempo más tarde, en marzo de 1912, Nelson O'Shaughnessy fue ascendido a primer secretario de la Embajada y cuando el embajador Wilson fue llamado a Washington, en julio de 1913, él, automáticamente, se convirtió en el *chargé d'affaires* de los norteamericanos en nuestro país; cargo que ocupó durante toda la angustiosa etapa provocada por el nuevo presidente demócrata, Woodrow Wilson, quien instauró una política de "espera vigilante" hacia México, y en especial hacia el gobierno de Victoriano Huerta, al que, finalmente, no reconoció.

Las hostilidades diplomáticas y la serie de incidentes que se fueron provocando hasta el ya célebre de Tampico, culminaron con la ocupación del puerto de Veracruz por las tropas norteamericanas y el rompimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países.

Fue precisamente durante esta época cuando Edith O'Shaughnessy escribió su obra más importante, *La esposa de un diplomático en México*.⁵

Sin embargo, su interés por nuestro país no decreció y, años más tarde, ya alejada del servicio diplomático, escribió un tercer libro, *Páginas íntimas de la historia de México*, que resultó una crítica *a posteriori* de la etapa histórica que ella presenció.

De su pluma salieron algunas otras obras, que aunque ya no relacionadas con México,⁶ le permitieron desarrollar su vocación literaria.

En 1928 murió su esposo, y ella se estableció en Viena,

⁵ *A Diplomat's Wife in Mexico. Letters from the American Embassy at Mexico City covering the dramatic period between October 8th, 1913, and the breaking off diplomatic relations on April 23rd, 1914, together with an account of the occupation of Vera Cruz.* New York and London, Harper and Brothers, 1916.

⁶ Entre los años de 1919 a 1927 publicó obras como: *Diario en la Lorena, Alsacia en oro y en hollín, Miscelánea vienesa, Vida de casada, Maria Adelaida, gran duquesa de Luxemburgo*, etc.

donde permaneció casi hasta su muerte, la que ocurrió, ya de regreso a los Estados Unidos, en Nueva York, el 18 de febrero de 1939.

Como Edith O'Shaughnessy llegó a México poco antes del inicio de la lucha revolucionaria, se convirtió en testigo presencial del brusco cambio del gobierno porfiriano al inestable sistema gubernamental de Madero, para luego observar con inquietud y perspicacia la dictadura huertista. A ello se debe, quizá, que su visión sea francamente parcial, lo que, sin embargo, no mengua en absoluto el gran valor de su aportación histórico-literaria.

Ella románticamente está convencida de que participa en un gran drama y, a la vez, sufre ya que no puede prevenir o detener el "destino trágico" de México. Observa las circunstancias bajo las cuales se desarrollan los acontecimientos revolucionarios: algunos los entiende, otros ni siquiera los percibe; pero, en su conjunto, le producen un sentimiento de angustia tal que de modo espontáneo, y a manera de desahogo, se pone a escribir acerca de los acontecimientos que vive y sufre.

La O'Shaughnessy es heredera de la tradición literaria anglosajona, la que a veces la satura; esa misma tradición, no obstante, le permite describir con benevolencia y a veces con increíble exactitud el enfermizo desarrollo de nuestro pueblo.

Considera al país como una extraña república indígena a la que los Estados Unidos intentan moldear a su imagen y semejanza. Persiste pues en ella aquel viejo sentimiento de superioridad y protección frente a la *ignota* y semisalvaje república sureña. La comparación cultural que ella estableció entre México y el resto de los países en donde había residido, lógicamente no fue muy favorable para nosotros. Además, el momento histórico que le tocó vivir en México poco ayudó a sus meditaciones comparativas, ya que mientras se iniciaba la Revolución, el resto del mundo volvía su atención a un fenómeno histórico de mayor trascendencia: la Gran Guerra del 14. Por ello, quizá, su esfuerzo por transmitir "su verdad" sólo tuvo de momento un éxito limitado. Pero se debe insistir en que su empeño por presentar una visión tan particular sobre Victoriano Huerta, y tan distinta de la que generalmente se

tiene y se acepta, ha hecho que su libro sea hoy en día considerado como el mejor relato documental acerca del gobierno huertista, así como el retrato más humano y sensible del dictador.

Es indudable que la O'Shaughnessy se inspiró en la marquesa Calderón de la Barca. Y aunque las épocas sobre las que ambas escriben son tan diferentes, posiblemente la O'Shaughnessy sintió una íntima comunión espiritual con la marquesa debido a que los esposos de una y otra eran diplomáticos, cuando sus respectivos países, Estados Unidos y España, influían de manera determinante en la vida de México.

La época que la señora O'Shaughnessy describe resultó, *a posteriori*, un periodo de transición, y si bien sus juicios llegan a ser apasionados, no por eso el entusiasmo con que fueron escritos le resta interés y validez a su visión de México.

En su intento por conocer más profundamente la historia mexicana se informa en Prescott, Bernal Díaz, Cortés, Humboldt y Alamán. El grupo se antoja heterogéneo, pero sin embargo debió proporcionarle suficiente material para conocer las generalidades de nuestro pasado histórico.

Es indudable que el desarrollo de los acontecimientos debió ejercer una influencia determinante en su ánimo de escritora. El encuentro con una forma de violencia, hasta entonces desconocida para ella, le produjo una serie de sentimientos confusos o antagónicos que se observan con claridad en sus dos primeras obras.

Entiende la historia en función de un sentido pragmático, y se deja llevar por una marcada influencia religiosa. De allí que proporcione una visión tan especial, y a la vez tan ajena, a la que tradicionalmente tenían los viajeros angloprotestantes. Para ella, nuestra historia es un eterno repetir de caídas y desastres. La historia de México es por lo tanto una sucesión de guerras intestinas, desorganización y caos. Una tragedia que se ha perpetuado a través de la Independencia, la Reforma, la Revolución, y que acaba irremediamente con el país. La lucha del mexicano surge pues, ante ella, como un vicio de formación y cualquier esfuerzo por redimirlo resultará inútil.

Es justo advertir también que su obra está impregnada por una serie de rasgos literarios inequívocamente idealistas, que para el lector erudito, o para aquel cuya intención última

sea la estricta investigación histórica, se pueden antojar como superfluos. Pero, por otra parte, es precisamente esa ligereza en el lenguaje, ese detenerse en las cosas banales, lo que permite su lectura fácil y placentera.

Edith O'Shaughnessy se ocupa principalmente de dos elementos: el medio ambiente y los habitantes de México. Desde las primeras páginas intenta situar al lector frente al escenario singular del país: ante su belleza natural, sus campos y sus costumbres. Vibra a través de sus páginas la esencia de la nacionalidad, el colorido y el folklore de nuestro pueblo en el marco admirable de la violenta historia mexicana.

Aparece en su libro, como en casi todos los de autores norteamericanos de esa época, la vieja idea de que es la pródiga fertilidad de nuestra tierra la que ha condicionado el carácter perezoso y despreocupado del mexicano; que la exuberancia de la tierra ha sido la motivación fundamental de la apatía de sus habitantes. Todo ello, en sí, forma parte de una idea sustancialista bien definida. México se mantiene estático, y los acontecimientos fatalmente se producen. La única realidad absoluta es el paisaje, que le proporciona a esa situación perennemente caótica un tinte de tranquilidad.

Sus constantes paseos y viajes por el interior del país le permitieron ser consciente de las diferencias entre unas y otras regiones. Y producto de su interés, o de "esa curiosidad viajera", proporciona una certera imagen del paisaje mexicano. Con asombro va descubriendo al lector la belleza de los campos mexicanos, y los marcados cambios en la topografía del país.

Es posible que debido a su sensibilidad femenina dedique tantas páginas a tratar de entender al mexicano. Un ser cuyo destino trágico se ha perpetuado a partir de la Conquista. Para ella el mexicano es el ser a quien dominaron los españoles, y quien, movido por los hilos invisibles de la ignorancia y la pobreza, ha venido urdiendo la trágica historia nacional.

No puede entender al mexicano como el resultado de un proceso histórico, de larga y lenta formación, cuyo alcance tiene, quizá, algo de universalista. Es él quien hace y mueve la historia y no ésta la que ha producido un "ente" al que bien podemos definir hoy como *mexicano*.

Una de las cualidades primordiales de esta obra es la significación, marco de referencia y características que propor-

ciona de las diferentes clases sociales del país. Su aproximación a los distintos grupos fue limitada, pero sin embargo da una visión de conjunto acertada en líneas generales.

Como observadora detallista que era, se forma una imagen estructurada de la sociedad mexicana. Cuando habla del mexicano, por ejemplo, no incluye a la casta aristocrática. Para ella, este grupo permanece aislado e indiferente a todo lo que ocurre en derredor. El rico forma una especie de nacionalidad y mundo propio. No hay punto de contacto entre éste y el resto de los mexicanos. No se mezcla en las andanzas políticas, y trata esforzadamente de mantenerse ajeno a la vida del "pelado" (sic). Por ello, Edith O'Shaughnessy entiende la lucha de 1910 como una *vendetta* que lógicamente ha sido provocada por la opresión, la miseria y el odio que se fueron engendrando a lo largo de varios siglos.

A las clases sociales, aceptadas en México, ella incorpora una novedad al referirse al político, quien, de por sí, constituye una clase social diferente. Considera que los individuos que pertenecen a este grupo, en su gran mayoría carecen de principios y sólo esperan la oportunidad para poder traicionar a jefes y amigos en aras de la ambición. Pero, paradójicamente, la autora advierte que el político tampoco puede ser considerado como mexicano. Es un individuo emanado de la Conquista, que heredó del español su audacia y valor. De hecho lo retrata como a un nuevo conquistador que ha venido a elevarse sobre las masas y a dominarlas por la fuerza. Ha sido la sangre española del mestizo la que lo impulsa en su anhelo de dominio y poder y, por ende, la política mexicana resulta un juego apasionante, sujeto al azar, cuyo futuro es siempre incierto. Y, este "conquistador moderno", es quien desencadena el caos a partir de la caída de Porfirio Díaz. Éste, incidentalmente, aunque mestizo y político, constituyó de cierta manera la excepción a la regla, por su infinita capacidad y honradez.

De todas sus descripciones humanas, la más interesante quizá sea la que proporciona del campesino, del hombre del pueblo, al que define estrictamente como mexicano. Un ser engendrado durante la Conquista, que vivió en total sumisión a los españoles y a quien la serie de esfuerzos frustrados durante la Independencia sólo le provocaron un sentimiento de "machismo", tratando por consiguiente de demostrar sus ca-

pacidades. Es el clásico bígamo, irresponsable, fanático y totalmente apático ante la posibilidad de buscar un mejoramiento social para sí o para su familia.

Para la O'Shaughnessy, el mexicano conserva aún todo su primitivismo en un ambiente que le es propicio. Es un ser humano que recurre a la soledad y al aislamiento. México es un pueblo sombrío y triste que practica la tolerancia, la humildad y el servilismo hasta un grado exasperante.

La autora tiene la enorme cualidad de observar y analizar la situación sin permitirse condenar *a priori*. Es indudable que su visión estuvo restringida al medio aristócrata y diplomático en que se movió, así como a su escaso conocimiento de las culturas prehispánicas; pero, sin embargo, la visión que ofrece de los habitantes de México, de sus actividades y actitudes frente a la vida se nos antojan de una actualidad sorprendente.

Como lo hizo la Calderón de la Barca en otra época, ella se comporta cautelosamente al descubrir tanto a la mujer mexicana como a lo que define por "catolicismo mexicano", tan diferente del que ella practica y, a la vez, el lazo que más la acerca a nuestro pueblo.

En forma tajante señala que en México, al igual que en el resto de la América Latina, la mujer está considerada en un segundo plano. Generalmente, el visitante se puede topar con los dos extremos: la *mexicana*, cubierta con un rebozo, vestida con humildad, cargando un niño a cuestas, que sufre con estoicismo el trágico destino de su pueblo, la angustia de la leva, el peligro de perder a su hombre y la desesperación de tener que enfrentarse sola a la vida para sostener a sus hijos. La otra, la aristócrata, alejada totalmente del medio ambiente mexicano, permanece, muy a la manera hispana, recatada, dedicada a las labores del hogar, en un círculo cerrado y casi inaccesible.

Junto a ellas, surge una nueva figura, la de la soldadera, la mujer de la Revolución, cuyo carácter y naturaleza la diferencian de las anteriores. Presenta la imagen de una mujer singular, capaz de seguir al hombre, servirle, cocinarle, combatir a su lado, parir un hijo en medio de la lucha y atreverse a recorrer los caminos polvosos para morir, calladamente, en cualquier parte y de cualquier manera.

Sin duda es el catolicismo el punto de comunión entre el

pueblo mexicano y la autora. Por ello se ocupa en describir, con infinita precisión y belleza, sus experiencias en las iglesias y las fiestas religiosas. Muestra su preocupación ante el fanatismo que percibe, ya que lo entiende como un escape o una vuelta a los orígenes paganos. El catolicismo "a la mexicana" le resulta extraño. La liturgia le parece demasiado local, exótica y hasta infantil.

Ama todo lo mexicano. y por ello se desespera ante la terrible situación del país. Trata de entender el desarrollo nacional, y de allí surge su interés en ocuparse y relatar lo que sucede durante la Revolución, que para ella es sinónimo de destrucción y muerte.

Ella, más que participe de un movimiento se convierte en aguda e incisiva espectadora de una tragedia. El alcance y propósitos últimos de la lucha revolucionaria le son ajenos. Sin embargo, proporciona al lector retratos formidables de los principales actores de esta lucha. Retratos que, por otra parte, vendrán a constituir el contrapunto de los que tradicionalmente aceptamos. Así muestra a un Madero inepto, acomplejado, influenciable y manejado por su familia, en tanto que presenta a un Huerta poderoso, capaz y valiente.

La O'Shaughnessy pretende encontrar en él, en Huerta, al último posible salvador de México. Es la reencarnación de Díaz, el único capaz de lograr la unidad y restablecer la paz. Pero como irán demostrando los acontecimientos que se suceden a lo largo de su relato, explica que los mexicanos nunca entendieron a este nuevo líder y, por tanto, su caída fue absoluta.

Reconoce en Huerta todas las cualidades de un dictador, así como sus defectos personales. Lo presenta víctima de los reveses de la historia. Encuentra justificación y excusas a todos sus actos criticables. Es el héroe por excelencia, que supo sacrificarse con honor y, sobre todo, con dignidad, ante los sucesos que terminarían por hundir al país; fue él quien pretendió, sin éxito, pero con valentía, aliviar un poco el destino trágico del pueblo mexicano.

Por extraño que parezca, presenta a un Huerta humano, sensible, que se defiende frente a la terrible y condenable presión norteamericana; quien no se deja amedrentar ni por Wilson ni por la serie de "bandidos" que, bajo el rubro de *constitucionalistas*, buscan derrocarlo. Y con exquisita habilidad

va convirtiendo al lector en cómplice del huertismo y en enemigo de los carrancistas.

Quizá en esta visión histórica del derrotado, en esta defensa apasionada de una de las figuras más condenadas de la historia de México es en donde radica el valor fundamental de esta obra tan singular.

Cuando el libro se publicó en 1916, antes que el resto de su obra por obvias razones publicitarias, provocó gran conmoción en el mundo diplomático, especialmente por su honesta y sincera crítica a la política wilsoniana respecto a México.

Como advierte la O'Shaughnessy en las primeras páginas, su relato llega hasta abril de 1914, al desembarcar en Veracruz la flota norteamericana. Sin embargo, al buscar en el material del archivo familiar, en la Biblioteca Pública de Nueva York, pude comprobar que su primera intención había sido continuar el relato hasta mayo, cuando ella y su familia volvieron a Norteamérica; pero quizá por ser estas últimas cartas de menor importancia que el resto, decidió no incluirlas.

En la correspondencia particular de la autora se observa el temor que tuvo de publicarlas, debido a las repercusiones que ello podría acarrear al futuro profesional de su esposo. En forma velada, pero oficial, todavía en febrero de 1916 se le previno que la publicación podría crearles graves problemas oficiales; el 14 de abril de ese mismo año, se decidió a firmar un contrato con la Harper and Brothers Publishers para publicar su obra, cuyo título original era: *Las memorias mexicanas de una diplomática*.

Cuando después de varios tropiezos el libro vio la luz, gracias a que sus amigos la estimulaban e insistían en la importancia de que se publicara, pues vendría a contribuir psicológicamente a atacar la política de Wilson, las críticas no se hicieron esperar. En tanto que algunas eran amables y comprensivas, otras la atacaban enconadamente ya fuese por su lenguaje rimbombante, por el abuso de galicismos, etc. Pero, en lo general, todos estuvieron de acuerdo en reconocer su valor como documento.

El entusiasmo que despertó ayudó de manera considerable a su difusión. Escritores y periodistas que en otra época habían estado ligados con México, adquirían y leían con avidez

el libro. Uno de ellos, Charles Lummis, viajero amante de México,⁷ le escribió desde su oficina en el *Los Angeles Times*, diciéndole que su “libro era fantástico, ya que proporcionaba un rayo de luz sobre la realidad mexicana”. Es, decía, “el mejor libro que mujer alguna haya escrito sobre la tierra de los aztecas; incluso mejor que el de la Calderón de la Barca”.

Y si a los extranjeros les emocionó la obra, igual sucedió con los mexicanos, especialmente los que se encontraban fuera del país. Por ello es que desde su aparición se habló de la posibilidad de traducir la obra al español. En marzo de 1918, la señora O’Shaughnessy recibía la carta de un ingeniero agrónomo mexicano, Félix García, radicado en San Antonio, Texas, que le comunicaba su interés en la obra y su propósito de publicarla en español. Este propósito no cristalizó, e inexplicablemente la obra hasta hoy no había sido traducida a nuestro idioma, aunque de inmediato se hizo una versión francesa de la misma.⁸

La consecuencia última de este libro, que provocó olas de indignación o de entusiasmo,⁹ fue que Nelson O’Shaughnessy

⁷ El periodista norteamericano Charles F. Lummis escribió una obra sobre México en las postrimerías del porfiriismo titulada *The Awakening of a Nation. Mexico of Today*. New York and London, Harper and Brothers, 1893.

⁸ *Une femme du diplomate au Mexique*. Paris, Librairie Plon, 1918.

⁹ De las críticas aparecidas en periódicos norteamericanos durante el año de su publicación extrajimos las siguientes: “Su autenticidad y su primerísima calidad son indudables. La autora no ha mostrado ningún temor para expresarse, ninguna posición que sostener, ningún riesgo literario que correr. Proporciona a quienes deseen entender tanto el problema mexicano como la realidad de nuestra política con respecto a México un cuadro preciso de la situación... El libro es por demás convincente, pero lo que más resalta es la justicia que hace al retrato de Huerta.” (*North American Review*, agosto 1916.)

“En pocas ocasiones la historia de la literatura nos proporciona un ejemplo del género epistolar tan magnífico como este volumen sobre México de la señora O’Shaughnessy... Uno no tiene que estar de acuerdo con ella, ello resultaría aburrido. Sin embargo será muy útil que el ‘ciudadano que se queda en casa’, observe el problema mexicano a través de los ojos de una mujer tan bien dotada.” (*New Republic*, agosto 1916.)

“Los conocimientos de la señora O’Shaughnessy sobre la historia americana son pobres; su español, del que el libro ofrece ejemplos excesivos para el lector común, no siempre llena los requisitos ni la forma... Su inglés también es criticable... El relato muestra mu-

se vio obligado a renunciar a su carrera diplomática ante el Congreso de su país, advirtiendo, de viva voz, que el presidente Wilson había obrado equivocadamente con México, por su ignorancia de nuestra realidad histórica.

Debemos insistir en que este libro posee un valor fundamental para los interesados en la Revolución Mexicana, especialmente en el periodo de 1911 a 1914, que recurren a su contenido en busca de información y que, como señaló hace algún tiempo un conocido historiador norteamericano, "ha sido por muchos años una mina de oro para los estudiosos de la historia

cho sentimiento y un alto nivel de idealismo; parece ser que fue escrito de buena fe, por ello la historia seguramente se lo agradecerá aunque no la diplomacia." (*Yale Review*, agosto 1916.)

Como era de esperarse, la reacción mexicana no fue igual. Los ataques no se hicieron esperar. De éstos quizá el más agudo y acucioso sea el que hizo Martín Luis Guzmán en su obra *A orillas del Hudson* (México, Librería Editorial Andrés Botos e Hijo, 1920): "La señora O'Shaughnessy es una dama de sociedad; ve, piensa y siente como una dama de su clase; las letras son en ella un *dilettantismo* gracioso que tiene éxito, y su mirada se vuelve hacia los espectáculos gratos. La domina la atracción de lo pulido y lo acabado. Sus cartas, parecidas exteriormente a las de la señora Calderón —imitadas de éstas, tal vez—, son de muy diverso carácter en el fondo. *A Diplomat's Wife in Mexico* tiene valor mediano como descripción material o espiritual de la República Mexicana. Los análisis, si algunos hay, son cortos y rápidos. Salvo dos notas persistentes —el misterio inmutable de México y la diafanidad de su atmósfera admirablemente expresados—, todo queda en un fondo confuso donde ninguna forma logra precisarse...

"Su retrato de Huerta, que por momentos parece estar más allá de su crimen, es totalmente inadmisibles y se explica sólo por un arranque de sentimentalismo, muy sincero y bello, por lo demás, y al cual se debe la mejor de todas las cartas. Huerta fue un dictador criminal, pero no necesariamente salvaje, con recursos bastantes para hacer creer a los incautos que los dioses y la verdad podían estar de su parte: no le faltaban ni la palabra ni el ademán...

"Mas si la tragedia nacional no interesa a la señora O'Shaughnessy, la tragedia personal del dictador fue apoderándose de ella poco a poco. Huerta es el héroe de sus cartas. Un héroe arisco y rebelde, es verdad; maltratado de cuando en cuando por la autora y que no aparece a menudo en la escena, si bien se le siente cerca y puede surgir súbitamente. Donde no se habla de él parece que se construye una perspectiva adecuada para que resalten su carácter y su destino. La pintura de la alta sociedad mexicana, a la cual el usurpador llega rara vez e impulsado por extrañas fuerzas, es interesante como cuadro inmóvil donde unas cuantas figuras desarrollan una acción. Y ¿no parece en ciertos instantes que ese misterio inmutable de México, se

mexicana de este periodo".¹⁰

Creo, finalmente, que su traducción al español era una necesidad, considerando sobre todo que la historia nacional debería incluir las diferentes versiones de un mismo episodio, para lograr así una visión más objetiva, desprovista de partidismos, y que en última instancia nos acercase a la tan ambicionada imparcialidad histórica.

Octubre de 1970

hace carne de la carne del dictador? La luz diáfana del Valle, y la rica tinta de sus montes —'cambiantes hasta cuando la vista se fija en ellos'—, y el sol generoso y deslumbrador que todo lo invade y aun logra distraer de su carta a la escritora cuando los rayos bajan a jugar con el brocado de algún mueble, ¿qué son, sino mudo contraste de la incertidumbre de las horas y la negra fatalidad que avanza sobre el tirano?

"Aquí está el mérito real del libro: en los aciertos netamente artísticos; en el desarrollo gradual de la tragedia; en el hábil manejo de la maldad de un hombre y la fuerza implacable que lo acaba. Hay en la despedida de Huerta un soplo de emoción patética que desarma al lector más predispuerto. Las cartas restantes se leen como un epílogo."

¹⁰ Robert E. Quirk: *An Affair of Honor. Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz*. Lexington, Kentucky, The University of Kentucky Press, 1962.



La autora, nueva marquesa Calderón de la Barca, relata en este libro el ocaso del gobierno de Victoriano Huerta y traza las siluetas de algunos de los caudillos de la Revolución de 1910. Esposa del Encargado de Negocios de Estados Unidos en México, ni condena ni absuelve a Huerta: lo comprende. No es un chacal ni tampoco una paloma. Por razones fácilmente comprensibles, esta obra sale por primera vez en español 55 años después de su aparición en lengua inglesa.

EDITORIAL DIÓGENES, S. A. MÉXICO